

Los animales como estrategia narrativa en el narrador ribeyriano



“Desde el chiquero llegaba el rumor de una batalla”.

“A partir de ese entonces sucedió algo extraño: entre el loro y el gato se estableció una rara complicidad. [...] En ese juego siempre repetido parecían encontrar un deleite infinito”

Julio Ramón Ribeyro

MIRELLA VALENTÍN GOTELLI
Pontificia Universidad Católica del Perú
mirella.valenting@pucp.edu.pe

RESUMEN

El ensayo propone un estudio de cómo los animales se constituyen en un apoyo narrativo para el narrador en la obra de Julio Ramón Ribeyro. Este narrador “ribeyriano” se caracteriza por su naturaleza observadora y reflexiva, pero no se involucra en la interioridad de los personajes ni en los ambientes en los que transcurren las historias. Frente a ello, se plantea que, en los cuentos “Los gallinazos sin plumas” (1955) y en “Tristes querellas en la vieja quinta” (1974), los animales permiten explorar la decadencia interior de los personajes y anticipar los sucesos de la narración.

PALABRAS CLAVE

Narrador ribeyriano, Animales, Observador, Interioridad

La obra literaria de Julio Ramón Ribeyro se caracteriza por tener un estilo particular: sencillez, simbolismo y marginalidad. En sus cuentos los lectores se aproximan a lugares inexplorados —y desaparecidos— de la ciudad de Lima. La perspectiva narrativa juega un rol fundamental. En muchos de sus cuentos, son las focalizaciones infantiles o juveniles las que introducen, de mejor manera, la marginalidad de sus personajes y el mundo que los rodea. Sin embargo, no se trata del único recurso. En algunos cuentos los animales funcionan como símbolos, pero también como estrategias narrativas que apoyan al narrador ribeyriano a desarrollar la trama. En el presente ensayo se explora cómo estas criaturas dan cuenta de la decadencia interior de los personajes, en el cuento “Los gallinazos sin plumas” (1955), y cómo permiten un anticipo narrativo, en el cuento “Tristes querellas en la vieja quinta” (1974).

1. EL NARRADOR EN LA OBRA DE JULIO RAMÓN RIBEYRO

Para acercarnos al narrador en la obra de Julio Ramón Ribeyro, se debe entender la caracterización de esta figura. No se trata de una voz que resalta por su carisma o por estar constantemente interviniendo en las acciones de los personajes. Es lo contrario. Según Kristal, el narrador ribeyriano “no participa ni determina ni explica lo narrado, el narrador observa un mundo y deja que su mundo le proporcione las situaciones sobre las cuales va a reflexionar” (1984: 158). Este planteamiento posiciona al narrador en la obra de Ribeyro como un observador que prefiere ocuparse de sus propias reflexiones,

en lugar de explicar lo que sucede en los relatos. Esta actitud determina que, en cuentos como “Los merengues” (1952), por ejemplo, se conozca más detalles del narrador que de los propios personajes que participan en la historia.

Dicho relato nos muestra al típico narrador ribeyriano, una figura observadora que se alimenta de su entorno para emitir reflexiones. Asimismo, presenta una focalización en el protagonista Perico, un niño cuyo único propósito es comprar los merengues que ve siempre tras la vidriera de la pastelería. Pese a tratarse del personaje principal, lo único que conoce el lector es su precaria situación económica. Sin embargo, es por medio de las observaciones del narrador que se puede extrapolar la condición del niño en el mundo:

Pronto llegó a los barrancos. Sentándose en lo alto del acantilado, contempló la playa. Le pareció en ese momento difícil restituir el dinero sin ser descubierto y maquinalmente fue arrojando las monedas una a una, haciéndolas tintinear sobre las piedras. Al hacerlo, iba pensando que esas monedas nada valían en sus manos, y en ese día cercano en que, grande ya y terrible, cortaría la cabeza de todos esos hombres, de todos los mucamos de las pastelerías y hasta de los pelícanos que graznaban indiferentes a su alrededor (Ribeyro 2009a: 200).

Se trata de una situación común, la de un muchacho con deseos de comer un dulce, y que roba a su madre unas monedas para ello. No obstante, es por medio de esta simpleza que el narrador presenta la indiferencia del entorno —tanto de los hombres como de los animales— hacia el

protagonista. No solo por su precaria condición económica, sino, y en especial, por ser un niño.

Bajo este enfoque descriptivo, los espacios de la narrativa ribeyriana solamente son sugeridos, más no trabajados ni delimitados a detalle. Según María Teresa Pérez, “Ribeyro ha manifestado en varias ocasiones su aversión por los datos demasiado explícitos, «por la manía de la locación excesiva». De ahí que los ambientes queden, más que presentados, sugeridos, con apenas los datos necesarios para que el lector pueda reconstruirlos” (2018: 26). Por ejemplo, en el relato “Al pie del acantilado” (1959), el espacio liminal en el que transcurre la historia pudo ser descrito con minuciosidad. Sin embargo, no sucede así:

La gente decía que esos baños fueron famosos en otra época, cuando los hombres usaban escarpines y las mujeres se metían al agua en camión. En ese tiempo no existían las playas de Agua Dulce y La Herradura. Dicen también que los últimos concesionarios del establecimiento no pudieron soportar la competencia de las otras playas ni la soledad ni los derrumbes y que por eso se fueron llevándose todo lo que pudieron: se llevaron las puertas, las ventanas, todas las barandas y las tuberías. El tiempo hizo lo demás. Por eso, cuando nosotros llegamos, sólo encontramos ruinas por todas partes, ruinas, y en medio de todo, la higuera (Ribeyro 2009b: 297-298).

Más adelante se presenta en el relato algunos materiales que utilizan los personajes para construir su hogar. No obstante, la insuficiencia de detalles no permite al lector tener una imagen concreta sobre



Ilustración de Berenice Zagastizabal.

Julio Ramón Ribeyro.

lo que está sucediendo. Todo se deja a la sugerencia y a la reconstrucción individual.

Tras esta breve mención de las características de esta figura narrativa, en “Los gallinazos sin plumas” y en “Tristes querellas en la vieja quinta” sostenemos que la figura de los animales funciona como un apoyo para el narrador ribeyriano. Ello no supone que la figura narrativa se encuentre mal construida, por el contrario, es ante su preferencia reflexiva y observadora que se utilizan otras herramientas —como los animales— para ahondar en los protagonistas de sus relatos. Su aparición permite que los lectores conozcan con rigurosidad el interior —no descrito por el narrador— de los personajes, así como el entorno marginal o conflictivo en el que se encuentran. En ambos cuentos es por medio de los animales que los lectores pueden entender mejor la situación crítica de los personajes: desde la explotación hasta la soledad.

2. LA DECADENCIA INTERIOR

El narrador de “Los gallinazos sin plumas” no describe el mundo interior de los personajes. Con su naturaleza observadora, se dedica a repasar los acontecimientos con breves descripciones del ambiente:

Efraín y Enrique, después de un breve descanso, empiezan su trabajo. Cada uno escoge una acera de la calle. Los cubos de basura están alineados delante de las puertas. Hay que vaciarlos íntegramente y luego comenzar la exploración. Un cubo de basura es siempre una caja de sorpresas. Se encuentran latas de sardinas, zapatos viejos, pedazos de pan, pericotes muertos,

algodones inmundos. A ellos sólo les interesan los restos de comida (Ribeyro 2018a: 92).

Por ello, ante la carencia de una mirada interior de Efraín, Enrique o don Santos, los animales —y sus personificaciones— se posicionan como un medio a través del cual se da a conocer la decadencia interior de los personajes.

Uno de los primeros animales que aparece en escena, ya desde el título, es el gallinazo. Esta especie permite conocer la situación de los muchachos dentro de la sociedad, así como la forma de vida que llevan:

A las seis de la mañana la ciudad se levanta de puntillas y comienza a dar sus primeros pasos. Una fina niebla disuelve el perfil de los objetos y crea como una atmósfera encantada. [...] A esta hora, por último, como una especie de misteriosa consigna, aparecen los gallinazos sin plumas” (Ribeyro 2018a: 91).

Así, desde el inicio del cuento se fija un paralelo entre Efraín y Enrique, y los gallinazos. Es a la seis de la mañana que don Santos envía a sus nietos a buscar comida para el cerdo Pascual. Los niños aparecen al mismo tiempo que los gallinazos sin plumas, en una niebla mágica que los separa del resto de los ciudadanos. Posteriormente, cuando terminan su labor y el sol empieza a asomarse, ambas especies se ocultan: “Después de una rigurosa selección regresan la basura al cubo y se lanzan sobre el próximo. [...] Cuando el sol asoma sobre las lomas, la hora celeste llega a su fin. [...] La luz desvanece el mundo mágico del alba. Los gallinazos sin plumas han regresado a su nido” (Ribeyro 2018a: 93), y

también los niños con el abuelo. Las acciones de ambos grupos se corresponden entre sí. En un entorno nebuloso, la relación entre los gallinazos y los nietos de don Santos brinda una pista de cómo son aquellos muchachos: solitarios, marginales, diurnos y que no cuentan con una buena alimentación. Esta caracterización se confirma a través de las palabras del abuelo: “¡Ustedes son basura, nada más que basura! ¡Unos pobres gallinazos sin plumas! Ya verá cómo les saco ventaja” (Ribeyro 2018a: 97). Además, al final del cuento, los niños escapan al primer lugar que viene a su mente: junto con los gallinazos, lo que confirma su propia autoexclusión.

Una segunda especie animal que aparece en el cuento son los perros. Permiten conocer la marginalidad en la que se encuentran inmersos los nietos de don Santos, así como la preocupación que sienten el uno por el otro. En la primera descripción de los niños en el muladar, el narrador realiza un paralelismo con los perros: “Hasta los perros han adquirido sus hábitos, sus itinerarios, sabiamente aleccionados por la miseria” (Ribeyro 2018a: 92). Al igual que en las descripciones de los gallinazos, las acciones de Efraín y Enrique se corresponden con el comportamiento de los perros: rodeados de miseria.

El conocimiento de la marginalidad de los nietos de don Santos se explicita cuando, en una de las recolecciones de comida, un perro sigue a Enrique hasta el corralón: “Lo seguía un extraño visitante: un perro escualido y medio sarnoso” (Ribeyro 2018a: 96). Si se recuerda la prioridad del abuelo, este prefiere alimentar a su cerdo que a sus nietos: “Al comenzar el invierno el cerdo estaba convertido en una especie de monstruo insaciable. Todo le

parecía poco y don Santos se vengaba en sus nietos del hambre del animal” (Ribeyro 2018a: 94). En ese sentido, la descripción del perro indica, a su vez, la condición física de los muchachos: la comida les era negada por su propio abuelo, quien los obliga a sobrevivir en las peores condiciones.

En adición, cabe recordar que, en ese momento, Enrique cumple una jornada doble porque Efraín está enfermo. En este contexto, el perro que sigue a uno de los hermanos recibe un nombre, Pedro, y con ello se establece una relación de complicidad con los niños: “No come casi nada..., mira lo flaco que está. Además, desde que Efraín está enfermo, me ayudará. Conoce bien el muladar y tiene buena nariz para la basura” (Ribeyro 2018a: 96). El perro se vuelve un hermano más y el apoyo, acaso familiar, que no encuentran en la figura del abuelo. Por ello, cuando don

Santos ofrece a Pedro como alimento para el cerdo, deviene en un momento de ira, impotencia y desesperación tanto en Efraín como en Enrique.

El cerdo también merece comentario aparte. Esta criatura permite conocer tanto el ambiente en el que viven los personajes, como la interioridad del abuelo don Santos. Al igual que los gallinazos, el cerdo aparece desde el inicio del relato para alimentar la decadencia exterior: “Don Santos, mientras tanto, se aproxima al chiquero y con su larga vara golpea el lomo de su cerdo que se revuelve entre los desperdicios” (Ribeyro 2018a: 92). Es un ambiente en el que predomina la suciedad y la violencia. Se trata de la misma actitud que asume el abuelo con sus nietos, quienes se revuelcan en el muladar para conseguir la comida para don Santos y su cerdo.

Precisamente, la actitud del cerdo se corresponde con el estado de ánimo de don Santos: “Esa misma noche salió luna llena. Ambos nietos se inquietaron, porque en esta época el abuelo se ponía intratable. [...] La voracidad del cerdo crecía con su gordura. Gruñía por las tardes con el hocico enterrado en el fango” (Ribeyro 2018a: 97). Mientras que el abuelo está intratable, el malestar del cerdo crece física y anímicamente. De la misma manera, se menciona lo siguiente: “A esa hora el cerdo comenzaba a gruñir y el abuelo se quejaba como si lo estuvieran ahorcando” (Ribeyro 2018a: 98). La relación entre don Santos y el cerdo parece ser la más cercana de todas. El comportamiento del animal, humanizado al otorgarle el nombre de Pascual, cuidado con más ahínco que cualquier ser humano, en este caso los nietos Efraín y Enrique, permite entender mejor la interioridad del



Niños, llamados gallinazos sin plumas, en los muladares limeños. Foto extraída de: meer.com

abuelo. También anticipa lo que va a suceder hacia el final, cuando el abuelo y el cerdo se vuelven, literalmente, un solo ser.

La asociación de los gallinazos con los nietos y el cerdo con el abuelo no es fortuita. Como señala Santiago López Maguiña, se “muestran roles que corresponden a clases sociales. Los gallinazos son trabajadores; el cerdo, en oposición, es un privilegiado para quien se trabaja” (2012: 18). Este es un rasgo identitario más que se ofrece al lector a partir de la relación con los animales. La violencia familiar se extrapola a un ámbito social. En adición a esta idea, Peter Elmore señala que la preferencia por parte del abuelo tiene un origen lucrativo:

El abuelo es, después de todo, un aspirante a empresario que no vacila en aprovechar la fuerza de trabajo de sus nietos para incrementar su capital. Si el engorde de su cerdo le importa más que la nutrición de los chicos, esto se debe no solo a la mezquindad del sujeto sino a un pragmatismo extremo, sin escrúpulos: a diferencia de lo que sucede con Enrique y Efraín, al animal sí hay quien lo compre (2002: 40).

En ese sentido, la relación animal-humano también permite ahondar en las relaciones de poder que se encuentran en el relato, como un ejemplo de cómo percibe Ribeyro la sociedad peruana.

Por último, a partir de lo no dicho se conoce el final entre el cerdo y don Santos. Con una frase breve y concisa, “Los gallinazos sin plumas” cierra de la siguiente manera: “Desde un chiquero llegaba el rumor de una batalla” (Ribeyro 2018a: 102). Tras la caída del abuelo en el corral del cerdo —un animal muerto de hambre—, el narrador condensa con esas palabras la muerte del anciano. Toda

expresión se realiza a través de los animales.

3. EL ANTICIPO NARRATIVO

La función del anticipo narrativo se advierte con mayor claridad en el cuento “Tristes querellas en la vieja quinta” (1974). Si bien no es un relato en el que predomina la presencia animal, existe un momento de la narración en el que los protagonistas adquieren unas mascotas para continuar con sus peleas territoriales: doña Pancha, un loro, y Memo, un gato.

En este cuento, los diálogos se encuentran condicionados a la palabra del narrador, como señala María Teresa Pérez: “publicado en *Silvio en el Rosedal* (Lima, 1977), volumen donde, al lado de relatos cortos y dialogados, encontramos «cuentos de proceso», que ya no son la descripción de un fragmento de la vida de un personaje sino de un lapso mucho más largo. Por lo demás, en ellos el diálogo ha desaparecido casi del todo, en favor de la palabra del narrador” (2018: 223).

Frente a la propuesta del narrador observador y reflexivo que señala Kristal, para los lectores será mucho más difícil conocer a los personajes de manera minuciosa y objetiva si es que, incluso, sus palabras se encuentran mediadas por el narrador. En este cuento, la narración la asumen los vecinos de la quinta. Por ello, los diálogos entre Memo y Pancha serán narrados a partir de esa mirada colectiva. Frente a esta situación, la aparición de los animales produce un anticipo narrativo y aporta, a la vez, al conocimiento del carácter de los vecinos protagonistas.

La primera descripción del loro va de la mano con la concepción que tiene Memo de Pancha: “Ese animal contenía sin embargo elementos

de perturbación que no tardaron en manifestarse” (Ribeyro 2018b: 236) y, posteriormente, “el loro, por otra parte, recompensando los esfuerzos de doña Pancha, salió de su mutismo y demostró tener una voz particularmente chillona, incapaz de articular la frase «Naranja Huando», pero de bordar en torno a esas sílabas un estridente abecedario” (Ribeyro 2018b: 236). Estas primeras descripciones del loro, como una especie molesta y chillona, describen a su vez cómo, desde la mirada de Memo, se comporta la vecina de la quinta. Asimismo, justifica el malestar que siente por el personaje de Pancha.

En adición, cuando Memo le reclama a su vecina por los ruidos del loro, empieza otra de las tantas discusiones entre ambos. Esta vez utilizan palabras relacionadas con el mundo animal: “Sus lecciones se fueron haciendo más sostenidas y estruendosas. Un día no pudo más y salió a la galería: «Vieja bellaca, ¿va a cerrar el pico?». «Pico tendrá usted, cholo malcriado». «Éste no es un corral para traer animales». «Y a usted, ¿cómo lo han dejado entrar en la quinta?». «Animal será usted, una verdadera bestia para decirlo en una palabra. Más bruta que su loro»” (Ribeyro 2018b: 236). La similitud entre el loro y Pancha empieza a construirse también a partir de los insultos por parte de Memo. Una situación de violencia al igual que en “Los gallinazos sin plumas”.

De la misma manera, hay una relación de correspondencia entre las características del gato de Memo y su personalidad: “Lo buscó afanosamente por el barrio y encontró al fin alguien que le cedió un capón negro, huraño y un poco viejo” (Ribeyro 2018b: 237). Este animal tiene un comportamiento más calmado y escurridizo. Asimismo, funciona como una extensión del personaje cuando el animal agarra confianza en la quinta: “En buena

cuenta había delegado a su felino la tarea de ocuparse de su vecina y podía pasar así largas horas leyendo tranquilamente en un sillón” (Ribeyro 2018b: 237-238). Ya no necesita pelear directamente con Pancha, pues su mascota lo sustituye. Así, Memo proyecta su identidad y sus conflictos en el animal.

Pese a las peleas vecinales, en las que los animales también son víctimas, una vez que Pancha recupera a su loro, ambas especies empiezan a construir una relación de complicidad:

A partir de ese entonces sucedió algo extraño: entre el loro y el gato se estableció una rara complicidad. Bastaba que el loro lanzara en la mañana su primer graznido para que el gato saliera inmediatamente al corredor, empezara a hacer cabriolas, encorvar el lomo, enhiestar el rabo, dar saltos y volantines, hasta que fatigado terminaba por sentarse muy sosegado y ronroneando al lado de la jaula. El loro se pavoneaba en su columpio, improvisaba gorgoritos y cuando el gato se atrevía por juego a meter su mano peluda por las rejas, fingía el más grande temor para luego acercarse y darle un inocuo picotón en la garra. En este juego siempre repetido parecían encontrar un deleite infinito (Ribeyro 2018b: 239).

Lo particular de estas descripciones, a diferencia de “Los gallinazos sin plumas”, es que el comportamiento de las mascotas no refleja inmediatamente el fin de las peleas entre Memo y Pancha. Pese a que sus animales llevan la fiesta en paz, la riña entre los vecinos continúa. Por este motivo, el pasaje mostrado funciona no como una correspondencia

directa con sus dueños, sino como un anticipo narrativo que indica cómo culminará el relato: Memo, entre insultos y malos tratos que no cesan, preocupándose por Pancha, llevándole comida y medicinas, e, inclusive, pensando en ella tras su muerte. Al fin y al cabo, son dos individuos solitarios cuyas peleas los han acompañado mutuamente y ayudado a no pensar en la soledad, como indica Elmore:

[en] el caso de doña Pancha, la falta de compañía es solo mitigada por la breve visita de un hijo radicado en el extranjero, pero presumiblemente la homosexualidad del vástago sería motivo de vergüenza y ansiedad para la madre; la circunstancia de don Memo —cuyo punto de vista imagina con más consistencia el narrador— es aún peor, pues su vida sentimental es del todo baldía. De hecho, un giro irónico remata el relato y señala que, ante el deceso de la vecina, el solterón jubilado reacciona como un viudo (2002: 219).

Pese a la serie de peleas que sostienen los vecinos, Memo extraña a Pancha después de su muerte. Se dedica a regar sus macetas y a insultarla porque ahora es parte de sus sueños. Es una acción que no sucede en el primer cuento estudiado, pues, pese a tener un vínculo familiar, los nietos no ayudan a su abuelo cuando es devorado por el cerdo. Mucho menos sienten compasión por él. Probablemente, se deba a que, en “Los gallinazos sin plumas”, la situación desborda los límites de la humanidad para animalizar —literalmente— a los niños y explotarlos para un beneficio monetario, y, a su vez, para humanizar a Pascual, el cerdo; mientras que en “Tristes querellas en la vieja quinta”, lo primordial no son los insultos con un

fin interesado, sino buscar cualquier tipo de herramienta que permita a sus protagonistas no sentirse solos. En esa línea, los animales son una prolongación de los personajes al corresponderse con ellos y anticipar su final, irónicamente unidos tras la muerte de doña Pancha.

4. CONCLUSIÓN

Los animales en “Los gallinazos sin plumas” y en “Tristes querellas en la vieja quinta” de Julio Ramón Ribeyro funcionan como una estrategia narrativa y un apoyo para el narrador ribeyriano. La correspondencia de los personajes con los animales brinda una caracterización minuciosa sobre sus personalidades. No se trata de meras personificaciones, más bien complementan el vacío narrativo que existe en el narrador ribeyriano, un observador reflexivo para sí mismo, pero no para los demás.

En “Los gallinazos sin plumas”, la correspondencia entre los gallinazos y los niños refuerza la marginalidad en la que se encuentran inmersos. Mientras que, la relación entre el cerdo y el abuelo don Santos muestra el poder abusivo que ejerce este sobre sus nietos. Se trata de una retroalimentación entre los animales y los seres humanos, pues ambos grupos adoptan características del otro y tienen un desenlace violento.

En “Tristes querellas en la vieja quinta”, si bien no es un relato en el que predominen los animales, el episodio en que los vecinos Pancha y Memo adquieren mascotas —un loro y un gato— representa una extensión de sus personalidades. A diferencia del primer relato, estas mascotas no solo abonan en la caracterización de los personajes, sino que funcionan como un anticipo narrativo, al reconciliarse y actuar como lo harán, posteriormente, los dueños hacia el final de relato.



Bibliografía

- Elmore, Peter
2002 *El perfil de la palabra: la obra de Julio Ramón Ribeyro*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Kristal, Efraín
1984 “El narrador en la obra de Julio Ramón Ribeyro”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. Año 10, Núm. 20, pp. 155-169. Consulta: 14 de junio de 2023. <https://www.jstor.org/stable/4530165>
- López Maguiña, Santiago
2012 “Lo humano y lo animal. Meditación semiótica sobre «Los gallinazos sin plumas» de Julio Ramón Ribeyro”, en *Letras*. Vol. 83, Núm. 118, pp. 7-64. Consulta: 14 de junio de 2023. <https://doi.org/10.30920/letras.83.118.1>
- Pérez, María Teresa
2018 “Introducción”, en *Cuentos*. Madrid: Cátedra, pp. 9-81.
- Ribeyro, Julio Ramón
2018a “Los gallinazos sin plumas”, en *Cuentos*. Madrid: Cátedra, pp. 91-102.
2018b “Tristes querellas en la vieja quinta”, en *Cuentos*. Madrid: Cátedra, pp. 223-244.
2009a “Los merengues”, en *La palabra del mudo I*. Lima: Seix Barral, pp. 197-200.
2009b “Al pie del acantilado”, en *La palabra del mudo I*. Lima: Seix Barral, pp. 297-320.

